

Prólogo al libro “EXPERIENCIAS” de Manuel Mas Araujo

Por Enrique González Rojo, hijo

Al llegar a cierta edad, una persona rica en experiencia y episodios, siente la necesidad de volver los ojos hacia atrás, repasar lo sucedido durante toda una vida, evaluar el papel jugado por uno en los acontecimientos transcurridos, ordenar la materia que brinda la memoria, las más de las veces sin orden y concierto, y dar todo esto a la publicidad para compartir con los lectores el nudo de vivencias y acaecimientos que se desplegaron en el decurso existencial de un hombre. Ya decía Marcial: *Hoc est vivere bis, vita posse priore frui*¹.

Este libro de experiencias de Manuel Mas Araujo se desliza por un doble carril: lo geográfico y la edad o, lo que tanto vale, por el espacio y el tiempo. Se nos habla por ejemplo de su niñez en España y de su juventud en México, etc. En su fidelidad a lo espacio-temporal, cada capítulo lleva en su título las fechas de su inicio y su final y en los incisos que lo componen, el lugar donde los hechos se ubican (a los que ha viajado o en que ocurrieron tales o cuales sucesos), así, el primer capítulo (1927-1937) alude fundamentalmente a los diez primeros años de Manuel en España y el segundo (1937-1947) a los diez segundos en México, salvo una breve interrupción en que el autor se desplazó al El Paso, Texas.

Hablar del espacio y el tiempo es hablar de cambio, de novedades que envejecen, de actitudes que se afianzan o destruyen, de las mil y una maneras de ser que todo individuo despliega quiéralo o no en el transcurso de su existencia; pero en Mas Araujo, además de estas variaciones ineludibles, hay ciertos elementos invariantes o un común denominador de sus acciones que, en medio del tráfigo de acontecimientos, no lo ha abandonado jamás y sin el cual mi amigo Manuel no sería quien es: aludo a su compromiso con la sociedad, a su fraternidad, a su repudio del egocentrismo.

Las “experiencias” de Mas Araujo son ricas y variadas como corresponde a una persona que, dotada de una penetrante sensibilidad y una fina inteligencia, ha vivido muchos años. Estas experiencias hacen alusión, a veces, a su vida familiar (a sus padres, a su hermano Bernardo, a su país de origen), otras, a sus relaciones humanas (maestros, condiscípulos, alumnos, amigos, hermanos de la masonería), unas más, a sus intereses culturales y su trato con personalidades de muy diferentes caracteres y procedencias (amor por el arte y la poesía, encuentros en México con Gabriela Mistral, Enrique González Martínez, José Vasconcelos, Fidel Castro, Monseñor Méndez Arceo, Carlos Monsivais o Jean Paul Sastre y Roger Peyrefitte en Francia), otras, en fin, a sus actividades docentes en el doble sentido del término: relacionadas con su escolaridad (secundaria “Orientación”, el colegio marista Francés Morelos – donde Manuel y el que esto escribe fuimos condiscípulos-, la Facultad Humanista de los Jesuitas, la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM) o vinculadas con su labor magisterial (Ciencias Políticas, Colegio de México, Colegio Militar, Bachilleres).

¹ “Es vivir dos veces, poder disfrutar de la vida pasada”.

Su compromiso con los otros –que halla el molde de su realización plena en el ajefismo, primero, y la masonería después- se da con independencia del sitio en que se encuentre Manuel y de los años que vaya teniendo. Puede hallarse en París como becario; en Brujas, Roma, Londres como turista; o en Senegal o Nigeria como estudioso, pero siempre es el mismo: un hombre preocupado por sus semejantes. Esta preocupación –que rozó, cuando joven, la manera católica de concebirla, mas sin fijarse o congelarse en ella- cristalizó, como dije, en la masonería, en cincuenta años en la masonería, en toda una vida dedicada a esta agrupación, razón por la cual este libro de memorias es también una historia de la masonería vista desde uno de sus más entusiastas participantes y fieles organizadores, y definida como la pretensión de “construir un hombre ético y filosófico que, con su conducta, practique el Bien y la Justicia para poder alcanzar la Fraternidad Humana”.

Elemento importante en las memorias que comento lo constituyen los viajes, especialmente los realizados en la década de los sesenta, que pudieron tener lugar por una beca Rockefeller de tres años que, a través de El Colegio de México, benefició a Manuel. Inicialmente estuvo en Francia, o sea en una nación colonizadora y después viajó a un país colonizado por los franceses (Senegal) y a otro sojuzgado por los ingleses (Nigeria), con lo cual advirtió *in situ* los efectos de la política imperial. Resultan muy interesantes las experiencias que Mas Araujo vive en África, por ejemplo en Dakar, así como sus reflexiones sobre la concepción religiosa animista que predomina en ese continente, y que él compara con el proceso iniciático de la masonería.

Una de las ideas centrales de Manuel, que aparece expuesta con claridad en el libro del que hablo, es la de que la masonería no debe ser confundida con el liberalismo, ya que el lema masónico postula que el individualismo surgido de la Libertad “debe coordinarse con el socialismo que deriva de la Igualdad y sólo así puede obtenerse la Fraternidad que es el objetivo principal de la masonería”.

Mas Araujo nos aclara que la masonería, como existe hoy en día, nació en 1717 en Londres y que de manera incorrecta suele confundirse con el liberalismo. Este último surgió cuando, después de 1789, de la tríada de principios revolucionarios libertad-igualdad-fraternidad, “se le dio más importancia al principio de la libertad y se olvidó la igualdad y no se obtuvo la fraternidad”.

A más de llevar a cabo precisiones teóricas destinadas a esclarecer y apuntalar los principios definitorios de la masonería, a Manuel le interesa subrayar el rol que esta sociedad ha desempeñado en la historia en general y en la historia patria en particular. Nos recuerda, verbigracia, el papel jugado por ella en la lucha por la independencia en nuestro país –donde, para poner un ejemplo, Guadalupe Victoria pertenecía al rito escocés y Vicente Guerrero al rito de York-, en la revolución mexicana –que mostró una cierta lucha intermasónica ya que tanto Porfirio Díaz como Madero eran masones, en el Congreso Constituyente de 1917 cuando “el V.H. Luis Manuel Rojas, Maestro de la Gran Logia de Jalisco preside el Congreso Constituyente y se redactan por los

Hermanos Francisco J. Múgica, Heriberto Jara y otros masones, los artículos 3º, 27, 123 y 130 que se suelen llamar las garantías sociales”.

La autobiografía de Mas Araujo está escrita con una prosa que huye deliberadamente de la ornamentación retórica para instalarse en la eficacia narrativa. Es una prosa escueta, sobria, que va al grano, que se pone en trance de contar lo que hay que contar y que lo cuenta con la limpidez y la precisión indispensables. Manuel sabe que el haz de experiencias que conforman su vida, con la variedad y riqueza espiritual que implica, vale la pena de ser conocido, por eso ha puesto manos a la obra y, como lo muestra el texto realizado, ha encontrado la forma pertinente para expresar lo que se halla fielmente almacenado en su memoria. No quiero dejar de decir, antes de finalizar, que no me cabe la menor duda de que este libro resultará de gran interés para todo tipo de lectores por los temas, hechos y reflexiones a que he aludido en estas páginas, pero que habrá de llamar la atención más que nada a los ajefistas, los masones y a toda persona interesada en la trayectoria pasada y presente de esta sociedad. Manuel debe sentirse orgulloso de haber terminado su empeño de hacer un relato de sus experiencias, con la gallardía, la sinceridad y la honradez que lo caracterizan.

